

EL PROBLEMA DE LA EDUCACION EN *EL AMIGO MANSO*

Petra-Iraides Cruz Leal

Sería innecesario hacer aquí una semblanza pormenorizada de don Benito Pérez Galdós. Baste subrayar, simplemente, que el autor grancañario se siente atraído por el conocimiento de gentes y tipos, desde su juvenil época de estudiante de Leyes. Y, ya en Madrid, Galdós acabará perfilando su habilidad para captar ambientes y situaciones.

Evidentemente, ese agudo afán de observar acontecimientos o sucesos es usual en los escritores que, como Galdós, se desenvuelven dentro de la corriente *realista*. Siguiendo el temprano aserto de Manuel de la Revilla, para los realistas “el arte ha de arrancar de las entrañas mismas de la realidad”¹.

Al hilo de esta cuestión, confluye la circunstancia de que Galdós mantuvo asiduo contacto con el ideario krausista y la Institución Libre de Enseñanza fundada en 1876. Entidad que, con Giner de los Ríos a la cabeza, propugnaba modelos pedagógicos destinados a crear un “hombre nuevo”²; un hombre que desarrollara libremente sus amplias aptitudes. Con lo cual no resulta raro que el escritor decida reproducir el tema de la educación en la novela *El amigo Manso* (1882)³.

De todos modos, la realidad y la ficción son aspectos bien distintos. Y no pretendemos identificar los pasos novelescos de Manso con los del propio Galdós. Nada más lejos. El hecho de que en la creación se mezclen en diversa medida, “personas reales observadas y el yo del escritor”⁴, no debe confundirnos. Es decir, aun cuando el entorno cercano sea fontanal de inspiración, sobresale con creces el acto inventivo del artista. Tanto es así, que en las primeras páginas del libro que nos ocupa, el novelista aparece pronunciando un endiablado conjuro –recurso de ficción– de cuyas llamas brota esa “condenación artística” (p. 7)⁵ que es, en suma, Manso. Nótese, a propósito, la perorata del mismo ente ficticio que niega ser “retrato de alguien”:

Tengo yo un amigo que ha incurrido (...) en la pena infamante de escribir novelas (...) Este tal vino a mí hace pocos días (...) No sé qué garabatos trazó aquel perverso sin hiel delante de mí; no sé qué diabluras hechiceras hizo... (...) Poco después salí de una llamarada roja, convertido en carne mortal (p. 8, 9).

En efecto, tras el singular proceso de “nacimiento”, Máximo Manso se erige en protagonista destinado a vivir, entre otros, los problemas derivados de su actividad educacional. Bien es verdad, que este sobrio “Catedrático de Instituto”, consagrado a la filosofía, parece marcado por una precoz vocación que se retrotrae a la infancia. “Desde niño mostré especial querencia a los trabajos especulativos, a la investigación de la verdad y al ejercicio de la razón” (p. 11). Y como es natural, ya adulto, Manso se obstina en perpetuar el sistema racionalizado de trabajo. “Desde que empecé a dominar estos difíciles estudios, me propuse conseguir que mi razón fuese dueña y señora absoluta de mis actos” (p. 16).

Precisamente el mencionado ejercicio de la razón, puede servir de punto de partida para el examen de algunos elementos.

Con perspicacia, Galdós dota al personaje de agudos perfiles éticos. Es más, don Máximo Manso hace gala de una extremosa rectitud de principios que “llega a excitar la risa de algunos” (p. 16). Se adelanta así la oposición entre el mundo cotidiano y la prédica de Manso, sin que a éste le importe desempeñar ese papel poco común que roza la solemnidad. Todo lo contrario. El ilustre dómine muestra, lleno de convicciones, un absoluto equilibrio de espíritu:

Constantemente me congratulo de este mi carácter templado, de la condición subalterna de mi imaginación, de mi espíritu observador y práctico, que me permite tomar las cosas como son relamente, no equivocarme jamás (...) y tener siempre bien tirantes las riendas de mí mismo (p. 16).

Sin embargo, al docto Manso le aguardan algunas sorpresas. La pretendida firmeza de ánimo no impide que abruptos incidentes irrumpen en la vida del científico. Sus métodos, tan inflexibles como “las leyes astronómicas” (p. 16), se verán irremediamente trastocados. La validez del conocimiento libresco en que se apoya el “yo autoridad” de Manso empieza a resquebrajarse, dejando al descubierto hondas fisuras. Veamos:

1. Postulados educativos

Manso, reconocido docente (aunque en pleno aislamiento durante años), recibe con infinita alegría la petición de doña Javiera. Esta solicita que eduque a su hijo Manuel Peña. Manso no sólo adopta satisfecho las funciones de instructor, sino que difícilmente oculta su optimismo al comprobar que “una mujer sin lecturas había comprendido tan admirablemente el gran problema de la educación” (p. 24). A partir de ese instante, el alumno es, a los ojos de Manso, “amado discípulo [e] hijo espiritual” (p. 70), hasta el extremo de que a las consabidas enseñanzas, se añaden paseos, charlas y positivos consejos. Dicho en otros términos. Este guía saturado de raciocinio, es en el fondo un profesor idealista que, en su concepción educativa, pretende aunar amistad personal y enseñanza directa e individualizada:

Mi complacencia era igual a la del escultor que recibe un perfecto trozo del mármol más fino para labrar una estatua. Desde el primer día conocí que inspiraba a mi discípulo no

sólo respeto, sino simpatía; feliz circunstancia, pues no es verdadero maestro el que no se hace querer de sus alumnos, ni hay enseñanza posible sin la bendita amistad (p. 27).

A la par, ese filósofo escudriñador de la Verdad mayúscula abriga similares esperanzas respecto a la joven Irene. Esta ejerce sobre él un influjo amoroso. Si bien, ello no basta para que despunten igualmente ciertos aspectos del magisterio de Manso, centrados en la formación de la mujer. Merece recordar que la imagen de Irene inspira en Manso un ideal de inteligencia femenina. O lo que es lo mismo, ella constituye el “bosquejo de una mujer bella, honesta e *inteligente*” (p. 40). Por ejemplo, el educador se alegra una vez más al saber que la muchacha piensa ingresar en la Escuela Normal de Maestras. Incluso florece el brío de la fémica como probable institutriz. En síntesis, según las idealizaciones de Manso, en esta criatura de alma “privilegiada” se concentran los mejores atributos:

He aquí la mujer perfecta, la mujer positiva, la mujer razón, contrapuesta a la mujer frívola, a la mujer capricho. Me encontraba en la situación de aquel que después de vagar solitario por desamparados y negros abismos, tropieza con una mina de oro, plata o piedras preciosas (p. 80).

Con todo, el profesor sopesa con sedusa dialéctica su revuelo amoroso. El súbito enamoramiento del que surgen “pensamientos varios que a mí mismo me sorprendían, poniéndome como fuera de mí” (p. 80), es frenado con tajante y premeditado cálculo: “No conviene ir demasiado aprisa” (p. 101).

2. Frustración, desencanto y derrumbe de ideales

Con perfecta nitidez, el lector ratifica que Manso es víctima de un desasosiego emocional e intelectual. Ingenuo y distanciado de los avatares más insignificantes, don Máximo ignora que los mecanismos vitales no se ciñen sólo a dogmas, sofismas y esquemas. La cruel ironía asoma en toda la trayectoria de este egregio catedrático que, indefectiblemente, se ve burlado en diferentes sentidos.

Sirva, de referencia, una buena muestra. Manso traduce complicados tomos y somete su mente a duras pruebas de sabiduría, y, entretanto, Peña –alumno predilecto– logra el amor de Irene. Más aún, como proclama el relato, la jovencita dista mucho de ser la mujer que él había inventado. Lo cierto es que Irene detesta las bibliotecas, carece de aficiones culturales y alberga, a hurtadillas, apetencias de alta prosapia. Ante todo ello, Manso se deshace en exclamaciones. “¡Ay de aquel que en esto de mujeres imite al botánico que estudia una flor! ¡Necio!” (p. 148). Los trémulos soliloquios de Manso son prolijos:

¡Error de los errores! ¡Y yo, que juzgándola por su apariencia, la creía dominada por la razón, pobre de fantasía; yo, que vi en ella la mujer del Norte, igual, equilibrada, estudiosa, seria, sin caprichos...! (...) ¡Ay!, aquellas prendas estaban en mis libros; producto fueron de mi facultad pensadora y sintetizante (pp. 260, 263).

A la vez, Manso reflexiona sobre sí mismo, cotejando el trecho que media entre el hombre “de gabinete” y el “soldado raso”. En concreto, Manso (“con sus métodos y sus timideces”) malgasta las míticas prebendas de Cupido, haciendo “charadas ideológicas alrededor de su ídolo”. Por ende, la morosidad del pedagogo beneficia al instintivo Peña, “el ser verdaderamente humano (...) [que] se iba derecho al objeto” (p. 254). Para más exactitud, rescatamos la peculiar requisitoria de Manso:

Ved en mí al estratégico de gabinete que en su vida ha olido la pólvora y que se consagra con metódica pachorra a estudiar las parcelas de la plaza que se propone tomar; y ved en Peña al soldado raso que jamás ha cogido un libro de arte, y mientras el otro calcula, se lanza él espada en mano a la plaza, y la asalta y toma a degüello... Esto es de lo más triste (p. 254).

Y no acaba ahí el desconcierto de Manso. La mayor antinomia quizá quede de manifiesto en esa velada memorable en que disertan, conjuntamente, maestro y alumno. A Manso no lo escucha nadie salvo “un par de catedráticos” (p. 164). Esto es, a medida que el filósofo hace su sólida exposición sin que huelguen “en ella frase ni vocablo” (p. 164), los concurrentes se entretienen en huerdo parloteo. En general, “las damas y caballeros charlaban olvidados” (p. 164); otros más francos, como doña Javiera, confesarán que se durmieron. No en vano, Manso ya ha sido tachado, “con vulgar sorna” (p. 62), de simple “metafísico”.

En cambio, el discurso de Peña causa terrible impacto en el auditorio. “No he visto nunca gentío más atento, ni mayor grado de interés, totalmente dirigido a un punto” (p. 170). Usando la convincente fuerza expresiva que el maestro venía vislumbrando en él, Manuel Peña declama de modo cautivante. En realidad, “Peñita” divulga en alta voz “tantas contradicciones como párrafos” y reitera vacuas incongruencias al hablar “de todo y de nada” (p. 171). Peña ha desechado gran cantidad de las enseñanzas recibidas. En cualquier caso, el tribuno se reafirma como figura cuya elocuente oratoria le abre las puertas de un porvenir brillante. Desde luego, en este momento su dicción arranca calurosas ovaciones. El éxito es rotundo:

Fascinado y sorprendido estaba el público. (...) Despertaba el orador, con la vibración celestial de las cuerdas de su noble espíritu, los sentimientos cardinales del alma humana, y no había un solo espectador que no respondiese a invocación tan admirable (...). Cuando concluyó, dijérase que se desplomaba el teatro, y que todo su maderamen crujía y se desarmaba con la vibración de las palmadas (pp. 170, 171 y 172).

Ante el discurrir del evento, las lucubraciones se agolpan en la conciencia de Manso. El aún se arroga parte de los laureles colectados por el pupilo. “Yo gritaba a los vecinos del palco próximo: —Es mi discípulo, señores; es mi discípulo” (p. 173):

...yo podía tomar para mí una parte, siquiera pequeña, de la gloria que el divino muchacho a manos llenas aquella noche recogía. Si recibí de la Naturaleza el extraordinario hechizo de la palabra, yo había logrado la pedrería de su grande ingenio (p. 171).

Esta, claro está, es una consoladora apreciación. En definitiva, al gran sabio sólo le resta reconocer que el individuo que prevalece no es el “hombre de pensamiento”; es más bien “el hombre de mundo, que vive en las particularidades, en las contingencias y en el ajeteo de los hechos comunes” (p. 241). Desilusionado con el tardío descubrimiento, nuestro académico puntualizará desde el limbo eterno al que lo proscribe el autor (mediante un segundo conjuro): “de cuanto escribí y enseñé, apenas quedan huellas” (p. 301).

Por lo pronto, es válido inferir que el ideario que Máximo Manso se ha propuesto ejecutar, supone un acendrado y acaso utópico idealismo. Así lo testifica el mozalbete Peña, cuando se arriesga a censurar el incauto proceder del cicerone:

– Usted no vive en el mundo, maestro (...) usted permanece en la grandiosa Babia del pensamiento, donde todo es ontológico, donde el hombre es un ser incorpóreo sin sangre ni nervios, más hijo de la idea que de la Historia y de la Naturaleza (p. 124).

3. *Cohesión entre novela y sociedad*

Sin desdejar totalmente lo expuesto, conviene retocar otro matiz. El proyecto de Manso no es tan quijotesco y dislocado como parece en principio, teniendo en cuenta que la sociedad en la que se enmarca la vida del profesor adolece de inocultables lacras y necesita, por tanto, una urgente modificación.

Si recurrimos de nuevo al entramado ficticio, abundan, sin duda, los personajes que aglutinan variados defectos. En el ámbito familiar destaca el hermano del propio Manso, José María. Recién llegado de Cuba, José María precisa alcanzar —a ultranza— relevantes posiciones de nobleza y alcurnia. Además, el hallazgo de nuevas amistades “aunque fueran de quinta o sexta fila” (p. 61), se produce debido al “olor a dinero” (p. 62), que expande el domicilio del ambicioso José María.

La titulación nobiliaria y la corruptela corren, pues, paralelas. Por ejemplo, el encumbro marqués de Tellería, es “hombre esencialmente práctico, y tan práctico que vivía a costa del prójimo” (p. 116). Don Ramón María Pez, diputado ministerial, tenía tal idea de sí mismo, que sus palabras salían revestidas de autoridad sibilina” (p. 74). Y también vale citar al noble vate Francisco de Paula de la Costa y Sáinz del Bardal, “caballerito” cuya cursilería se delata en las diez palabras que componen su apellido. Este, “desvalija sin piedad a los demás poetas: cuanto pasa por sus manos se hace vulgar y necio” (p. 73). En resumen, en esta enfermiza colectividad proliferan los ciudadanos usureros e integrantes. En mayor o menor medida, todos ellos se asemejan a Federico Cimarra, sujeto de pésimos antecedentes “pero admitido en todas partes (...) y respetado por astuto”:

Constituyen éstos, antes que una clase, una determinación cancerosa que secretamente se difunde por todo el cuerpo de la Patria, desde la última aldea hasta los Cuerpos Colegisladores (p. 75).

Finalmente, el conjunto de anotaciones transcritas permite atisbar que la pluma galdosiana recrea e interpreta algunos lemas próximos a la herencia de Krause. Posibilidad

a la que nos referíamos al comienzo. Sobra repetir que la vanagloria, la avaricia, la ausencia de respeto, etc., eran fallas morales que la preceptiva krausista deseaba erradicar en favor de una sociedad justa. Dentro de esta línea, el krausismo ofrecía soluciones “adecuadas a las necesidades más acuciantes de la época”⁶. Pero he aquí el dilema. Parafraseando a Elías Díaz, los propósitos krausistas iban “orientados a una reforma seria de la educación (...) a través de una previa transformación ética del hombre”. Por consiguiente, esa prioridad krausista deriva en una moral estoica “enormemente austera, casi puritana”. Y en relación con el problema social, dicho moralismo genera un “planteamiento de la cuestión en términos más bien idealistas”⁷. Conceptos éstos que, según se ha visto, son reconocibles en *El Amigo Manso*. Después de todo, no es casual el parangón entre el ocaso de Manso y el declive krausista.

Por último, cabe hacer un breve balance para concluir. De acuerdo con los datos textuales, la mentada entidad social reclama el profundo apoyo educativo por el que aboga Manso. No obstante, para llevar a cabo tan magna empresa habrán de utilizarse otros métodos. Al menos la pedagogía reseñada en el plano novelesco ha dado precarios e insuficientes frutos.

Notas

¹ Manuel de la Revilla, "El naturalismo en el arte", en *Krausismo, estética y literatura. Antología* (Selec. y ed. Juan López Morillas), Barcelona, Labor, 1973, p. 165. (Inicialmente, dicho ensayo fue recogido en el volumen *Obras de don Manuel de la Revilla*, Madrid, 1883, pp. 147-168).

² Después de la labor desarrollada por Sanz del Río, Giner de los Ríos aparece como principal promotor de una reforma educativa. Entre otros estudiosos del tema krausista, Antonio Jiménez García subraya la línea pedagógica a la que el propio Giner dedicó su empeño. Se advierte así, que "la preocupación máxima de Giner fue en todo momento el ideal de la educación del hombre (...) lo que Giner deseaba era la formación de un *hombre nuevo*, de un *hombre interior*, en consonancia perfecta con la nueva España que anhelaba". (Ver Antonio Jiménez García, *El krausismo y la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Ed. Cincel, 1986, p. 149).

³ Esta tendencia idealista que, respecto al tema educativo, parece reafirmarse paradójicamente en la razón, brota ya en una obra anterior, *La familia de León Roch* (1878). Salvando las correspondientes distancias entre ambas novelas, existen algunas afinidades entre los personajes León Roch y Máximo Manso.

⁴ René Wellek y Austin Warren, *Teoría literaria*, Madrid, Gredos, 1974, p. 107.

⁵ Benito Pérez Galdós, *El amigo Manso*, Madrid, Ed. Alianza, 1981. Las restantes citas de la obra siguen la presente edición.

⁶ Eloy Terrón, *Sociedad e ideología en los orígenes de la España contemporánea*, Barcelona, Península, 1969, p. 187.

⁷ Elías Díaz, *La filosofía social del krausismo español*, Madrid, Ed. Debate, 1989, pp. 59, 60 y 219). También Juan López-Morillas se ocupa del componente utópico de la doctrina krausista. El profesor Morillas se refiere al problema con que tropezó Sanz del Río a la hora de traducir la obra *Urbild der Menschheit*, del maestro Krause. Al parecer, el vocablo *urbild*, "insinuaba, en efecto, un parentesco indeseable con la noción platónica de *idea*", que podía interpretarse en el sentido "de que el universo de las ideas constituye la única realidad auténtica". (Ver Juan López-Morillas, *El krausismo español*, Madrid-México, Fondo de Cultura Económica, 1980, 2ª ed., p. 69, 70).